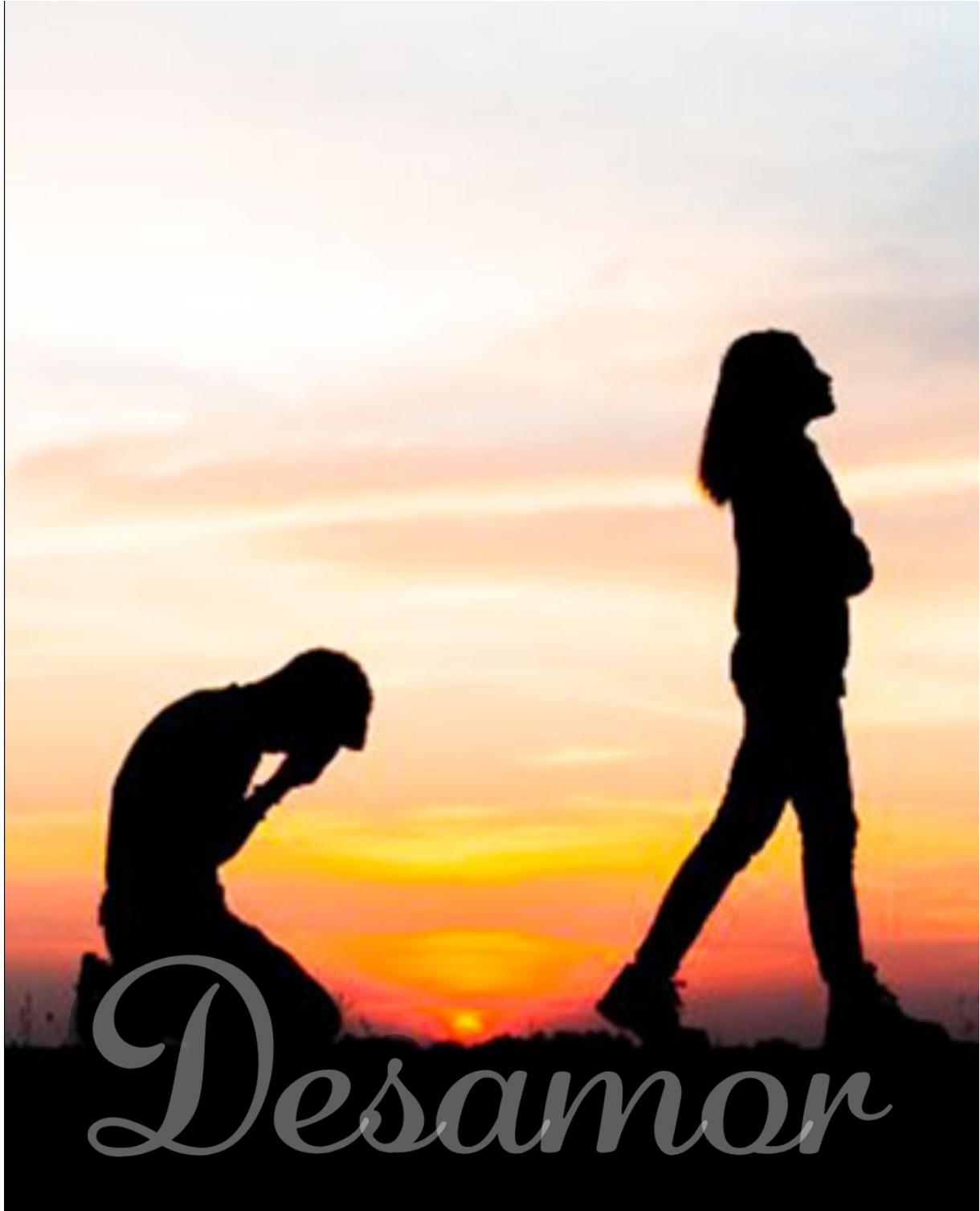


Desamor

Eugenia Figueron



Capítulo 1

La mesa estaba puesta, la cena esperaba en la cocina. Ella en el baño se peina y maquilla, le sonrío al espejo mientras con maquillaje intenta ocultar la inflamación de sus ojos por tanto llorar, pero no existe maquillaje para el alma, sus ojos reflejaban a una mujer triste, vacía y asustada, eso no podía ocultarlo con base y delineador.

Escuchó abrirse la puerta, se precipitó a la cocina y encendió la estufa para calentar la cena, se dirigió a la sala.

-Hola cariño, ¿ cómo estuvo tu día?- preguntó

-Hola, nada nuevo, voy a bañarme para cenar- dijo él- ¿qué te pusiste en la cara?- indagó con molestia.

-Nada cariño, solo un poco de maquillaje- dijo con una tímida sonrisa y esperando un cumplido- quería verme guapa para ti- mencionó.

Él lanzó una carcajada, la tomó del cabello y la arrastró al espejo del baño (ese mismo al que le había sonreído minutos atrás) la sostuvo frente a el - Mírate!- Gritó- Que te mires te digo!- Insistió- No hay maquillaje que pueda hacerte ver guapa!- Le dijo riendo como si de un chiste se tratara. - Ahora quítate esa porquería del rostro y apúrate a servir la cena!- ordenó.

Ella asintió con la cabeza.

- Lo siento cariño, soy una tonta- se disculpó mientras las lágrimas le corrían el rímel de las pestañas y dibujaban líneas negras en su rostro.

La cena se quemaba en la estufa, con todo el alboroto se olvidó completamente de apagarla.

Salió del baño, con lágrimas en los ojos aún y el alma vacía, solo pensaba en cómo se iba a poner su esposo cuando supiera que ya no había cena. Caminó lentamente hacia la sala donde él estaba sentado mirando las noticias en la tele.

Se paró en junto a la puerta que separaba la sala del comedor, en voz baja (casi susurrando) y con la mirada al piso dijo:

- Cccariño, lo siento, se me ha quemado la cena, pero enseguida preparo otra cosa- Se quedó inmóvil, esperando a que una tormenta se desatara.

- Ven! – le dijo él- siéntate junto a mi- y esta vez no fue una orden, se lo pidió con voz calma y hasta dulcemente podría decirse.

Ella, confundida pero temerosa de lo que pudiera suceder si se negaba, accedió.

Y ahí estaba, sentada junto a él, inmóvil aunque cada parte de su cuerpo temblaba. No entendía lo que estaba sucediendo, no sabía lo que pasaba

por su mente en ese momento.

De pronto el levanto lentamente su mano derecha, ella cerró los ojos y espero el golpe.

- ¿Qué es esto? ¿ qué está haciendo?- se preguntó- Esto no es una bofetada, acaso será que... no, no es posible, hace ya muchos años que no acaricia mi rostro- pensaba confundida, al tiempo que él la acariciaba con la parte externa de la mano.

Ella abrió lentamente los ojos esperando que no fuera un sueño.

- ¿No estás enojado?- Le preguntó en voz baja.

- Para nada cariño- le dijo él en un todo tierno que a ella le resultó desconocido.

- Pero he quemado la cena!- dijo ella – todo por andar con boberías- se culpó.

- No te preocupes, hoy yo cocinaremos para ti, mi amada esposa- mencionó tomándole el mentón y levantando su rostro para así mirarla a los ojos con una dulzura extrañamente cálida.

- Como se te ocurre- exclamo ella lentamente y sorprendida, temiendo que todo fuera un engaño, una prueba a su sumisión- Mi deber es cuidar de ti, tu no debes estar cocinando, ya has trabajado mucho hoy, quédate aquí sentado mientras yo preparo la cena para ti- le dijo esperando terminar con esa conversación extraña e inusual, su dulzura la asustaba aún más que sus gritos y golpes.

Se levantó rápidamente de ese viejo y pequeño sofá que habían comprado en un mercado de pulgas, en aquellos tiempos cuando los días eran felices. Camino por el pasillo que la llevaba a la cocina donde sobre la estufa estaba la olla con el guisado de verdura que había preparado durante la tarde, negro, seco, insípido, igual que cada uno de sus días. Se dispuso arrojarlo a la basura, llevo la olla al lavaplatos, abrió la llave del agua y casi automáticamente rompió en llanto tratando de recordar aquellos años cuando era feliz, cuando no tenía miedo, cuando ese hombre parecía amarla y no la atormentaba con sus ofensas, cuando en su cuerpo no habían moretones. Pero no pudo, parecía que esos días jamás existieron.

De pronto lo escucha llegar a la cocina y sentarse en la pequeña mesa que había junto a la ventana, donde algún día se sentaron a desayunar entre risas y besos.

Se secó las lágrimas, tomó un profundo respiro.

- En treinta minutos estará lista la cena- pronunció

- Okey cariño- respondió sonriéndole a esa mujer que juro amar y honrar cada día, frente a ochenta personas hace diez años- Pero no entiendo porque no dejaste que yo cocinara para ti- le reclamo apenado- sé que hace tiempo que no lo hago, pero no creo que cocina tan mal ¿o sí?- le dijo bromeando.

- No es eso para nada cariño- se justificó ella esbozando una pequeña risa, esperando no haberse equivocado al hacerlo- Es que tu has de estar

muy cansado del trabajo- continuó.

- Bueno- respondió él mientras se levantaba de su silla y se acercaba a su esposa y la abrazaba por la espalda. Al sentir que él la tocaba casi por instinto tembló y cada parte de su cuerpo se erizó.

Lo escucho llorar.

- ¡Lo siento tanto pronuncio ese hombre y comenzó a llorar como un niño, cayó al piso de rodillas- Perdóname cariño, por favor, te lo ruego- mientras las lágrimas caían cual catarata sobre su rostro.

Ella estaba helada, lo veía ahí, a sus pies, llorando, rogando perdón, tan vulnerable, se preguntó si eso realmente estaba sucediendo.

- ¿Por qué te estas disculpando?- preguntó mientras se arrodillaba frente a su verdugo, ella sabía por que se estaba disculpando, o al menos esperaba que se estuviera refiriendo a estos últimos cinco años de abuso físico y psicológico.

- ¡¡¡Por todo!!!- exclamó él- por lo que te he hecho hoy, ayer y cada día de estos últimos años- alcanzo a decir antes de volver a romper en un incontrolable llanto- No se porque lo he hecho, pero ya no quiero volver a hacerlo, yo te amo y sé que tú a mi ¿verdad? Tu me amas aún.

Atónita ante semejante declaración solo atinó a pronunciar:

- Si, si te amo.

- Entonces me perdonas ¿verdad?- preguntó secándose las lágrimas y tomando las manos de su esposa entre las suyas- dime que me perdonas, te prometo que jamás volveré a hacerte daño.

Ella estaba incrédula a toda la situación, no podía ser que después de todo lo que sucedió hace un par de horas ahora estuviera arrodillada frente a él en ese frío y blanco piso de la cocina, y que esta vez no fuera ella la que suplicara.

- Dime algo ¡¡¡por favor!!!- exclamó desesperado.

Pero ella no sabía que decir, no quería usar las palabras o el tono de voz equivocado y ponerse en peligro. Sabía que estaba condenada a estar con ese hombre el resto de su vida, así que supo que su única salida de esa dramática y casi novelesca escena era decir lo que él quería escuchar.

- Si, cariño.

- ¿De verdad? – preguntó sorprendido.

- Si, te perdono – le respondió mientras su corazón se estremecía y sentía como si una soga imaginaria la sujetara del cuello. Supo que había sellado su sentencia de muerte.

Capítulo 2

- Otro mediocre día, de mi mediocre vida- Pensó
- Ya estoy harto de sentirme una máquina, parece que actúo como un robot – divagó mientras subía al autobús que lo llevaba al trabajo.

Después de una larga (casi eterna) y tortuosa jornada de trabajo solo pensaba en volver a su casa y ver a su esposa, la mujer que le daba luz a sus oscuros días.

- Espero no hacerlo hoy – se decía a sí mismo.
- Pero sabes que lo harás – respondió una voz en su interior – no puedes evitarlo.
- Es cierto – afirmó suspirando y encendía un cigarrillo – sé que voy a hacerle daño, aunque no quiera hacerlo, sé que eso va a suceder – pensaba agarrándose la cabeza con las dos manos y con la mirada al suelo, perdida.

Apagó el cigarrillo en el suelo y subió al autobús deseando que el viaje de treinta minutos a su casa fuera eterno, no quería llegar, sabía que lo mejor para su esposa era que el él no regresara nunca a su hogar.

Puso la llave en la puerta y por un instante dudó si entrar o no, remiro profundamente y entró.

- Hola cariño ¿ cómo estuvo tu día? – preguntó ella acercándose lentamente, parecía un cachorro asustado.
 - Hola, nada nuevo, voy a bañarme para cenar – y se detuvo a mirarla un instante, intentando que ella no lo notara.
- Se veía tan hermosa, hace tanto tiempo que no estaba tan bella.
- Pero ¿Por qué se habrá arreglado así? – se preguntó – será que... lo sabe? – temió
 - No puede ser, lo sabe, pero como podría saberlo si llevo todos estos años haciendo de todo para que nunca lo sepa – se estaba poniendo cada vez más y más nervioso.
 - Hazlo – le dijo esa voz en su cabeza – tiene que hacerlo ahora, o ella lo va a saber – pero él no quería hacerlo – si no lo haces la vas a perder – advirtió la voz.

Y él sintió como si algo se apoderara de su mente y de su cuerpo, ya no tenía control sobre sí mismo, sabía lo que iba a suceder.

- ¿ qué te pusiste en la cara? – le pregunto al tiempo que sentía como si su cuerpo ya no fuera suyo.
- Nada cariño, solo un poco de maquillaje – dijo y se veía tan hermosa ahí parada frente a él esperando un cumplido y sonriendo tímidamente, no sabía lo que estaba a punto de suceder – quería verme guapa para ti – pronuncio con sus labios pintados de un suave color rosa que se veía

perfecto en ella.

Él no podía permitir que ella supiera que no necesitaba nada de ese maquillaje para verse guapa, porque era la mujer más hermosa del mundo, bueno, lo fue algún día, antes de que este hombre apagara su luz, le robara su vida, la matara en vida.

Pero aún con sus ojos inflamados porque seguramente había estado llorando todo el día, su mirada apagada y su piel reflejando todo su cansancio, seguía siendo hermosa y él no quería que ella lo supiera, si ella lo sabía también iba a darse cuenta que merecía algo mejor, un hombre mejor, iba a marcharse dejándolo solo, como sabía que merecía estar, pero era incapaz de aceptar.

Se entregó a ese mal que lo estaba corrompiendo y se dejó llevar a ese lado oscuro de su alma y se dispuso a hacer lo necesario para que ella nunca supiera lo que él tenía muy claro.

Lanzo una carcajada, la tomo del cabello y la arrastró al espejo del baño. Sentía que una parte de él estaba muriendo, pero aunque luchara por detenerse no podía hacerlo, él ya no era él, al menos en ese momento, estaba preso de sus miedos, de sus demonios, eso era, un demonio.

La sostuvo frente al espejo mientras las lágrimas dibujaba líneas negras en su hermoso rostro con expresión de terror.

- ¡Mírate! – le grito, pero él no sentía que fuera él – ¡Que te mires te digo!
– le ordenó .

- No hay maquillaje que pueda hacerte ver guapa – le dijo riendo, pero llorando por dentro.

- Ahora quítate esa porquería del rostro y apúeste a servir la cena – le ordeno soltándole el cabello y cerrando la puerta del baño tras él.

Se sentó en el pequeño y viejo sofá de la sala y encendió la televisión, puso las noticias e intentó olvidar lo que acababa de hacer.

La casa se llenaba de humo, la comida se quemaba en la estufa, pero no le importaba, solo pensaba en lo mucho que deseaba no ser ese monstruo que atormentaba a su esposa.

La escuchaba llorar en el baño, subió el volumen de la tele, pero seguía escuchando su desgarrador llanto, y las lágrimas empezaron a salir de sus ojos también.

- Ya no puedo hacerle esto – se dijo – Tengo que detenerme, ella merece algo mejor, una vida mejor.

- Pero no puedes permitir que se valla -le decía esa voz en su interior – no puedes permitir que nos deje – le reclamó.

- ¡No! – le respondió a esa voz que llevaba cinco años atormentándolo y apoderándose de él – Ella merece un hombre mejor, y yo quiero ser ese

hombre – decidió.

La vio salir del baño y caminar lenta y generosamente por el estrecho pasillo hacia la cocina.

Él seguía pensando en todo lo que había hecho, todo el daño que le había causado estos últimos cinco años, ya ni siquiera podía recordar como fue que todo comenzó. Pero estaba decidido que terminar con todo eso, iba a detenerse, iba a callar esa maldita voz en su interior.

Ella regresa, ahora más asustada que antes, en voz baja (casi susurrando) y con la mirada al piso le dijo:

- Cccariño, lo siento, se me ha quemado la cena, pero enseguida preparo otra cosa – se quedo inmóvil junto a la puerta que separaba la sala del comedor, casi como si estuviera lista para salir huyendo.

- ¡Ven! – le dijo, extendiéndose su mano – Siéntate junto a mi – y esta vez no fue una orden, él deseaba tenerla cerca, la extrañaba.

Se acercó lentamente pero evitó tomar su mano, se sentó incómoda en ese gastado sofá y no se movió, pero todo su cuerpo no dejaba de temblar.

Él levantó lentamente su mano derecha, ella cerró los ojos como quien espera una bofetada.

Comenzó a acariciar el rostro de esa asustada mujer con la parte externa de su mano. Su piel era áspera, estaba seca pero aún así se sentía cálida. La admiraba mientras ella abría lentamente los ojos y bajaba su cabeza instintivamente.

- ¿No estás enojado? – le pregunto en voz baja.

- Para nada cariño – le respondió dulcemente sin dejar de acariciarla.

- ¡Pero he quemado la cena! – le recordó – todo por andar con boberías – se culpó mientras intentaba ocultar la tristeza en su voz.

- No te preocupes, hoy yo cocinaré para ti, mi amada esposa – le decía, aunque era completamente inútil en la cocina. La tomó del mentón y levantó su rostro para así mirarla a los ojos, y lo único que alcanzó a ver en su mirada fue temor y melancolía.

- ¿Cómo se te ocurre? – exclamó lentamente ella intentando evadir su mirada – mi deber es cuidar de ti, tu no debes estar en la cocina, ya has trabajado mucho hoy, quédate aquí sentado mientras yo preparo la cena para ti. – decía ella levantándose rápidamente del sofá y casi escapando a la cocina.

Aceptó sus palabras sin reprochar, él era consciente que no sabía cocinar más que espaguetis con salchichas, así que también sintió alivio cuando ella se negó a aceptar su ofrecimiento.

Se quedó sentado solo en la sala y alcanzó a oír como su mujer rompía en un desconsolado llanto.

- ¿Qué crees que haces? – lo increpó esa maldita voz - ¿Acaso quieres

que ella sepa nuestro secreto? – indagó.

- ¡Claro que no! – respondió- Es solo que ya no resisto, ya no soporto la idea de ser un maldito con ella. – admitió.

- No me vengas con estupideces a estas alturas – le reprochó – ¿será que quieres que nos abandone? ¡¡¡No te lo voy a permitir!!! – le advirtió la muy condenada.

- ¡Tú no puedes decirme que hacer! – y se levantó del sillón en dirección a la cocina.

Se sentó en la mesa del rincón junto a la ventana y se quedó ahí, observando la, tan hermosamente triste, habían pasado años de la última vez que le había dicho lo bella que es. Pero no estaba listo para hacerlo aún, no podía correr ese riesgo, de que ella lo supiera, no todavía.

- En treinta minutos estará lista la cena.

- Okey cariño – respondió sonriéndole sin quitarle la mirada de encima- pero no entiendo por qué no dejaste que yo cocinara para ti, se que hace mucho tiempo que no lo hago, pero no creo que cocine tan mal ¿o sí? – se pregunta bromista y deseando verla sonreír.

- No es eso para nada cariño – y al fin pudo escucharla reír, aunque se contuvo, pero no pudo evitarlo completamente.

- Es que tu has de estar muy cansado del trabajo – finalizó y aún podía verse una pequeña sonrisa.

- Bueno – le respondió, ya no podía contener el deseo de tocarla, de sentir su piel, su aroma, se levantó de su silla y caminó hacia ella, la abrazó por la espalda y sintió su miedo, notó como todo su cuerpo tembló en el mismo instante en que él la tocó.

- ¡No! – le ordeno esa estúpida voz – tienes que ser fuerte, no lo hagas – lo seguía torturando.

Pero ese hombre ya no pudo soportarlo soportarlo, comenzó a llorar.

- ¡lo siento tanto! – y el llanto se apoderó de él, las lágrimas salían sin parar de sus ojos. Cayo al piso de rodillas – perdóname cariño, por favor, te lo ruego – decía sin dejar de llorar.

Pero ella no sabía como reaccionar, estaba ahí parada, completamente sorprendida.

- ¿Por qué te estas disculpando? – le preguntó ella, al tiempo que se arrodillaba frente a él en ese blanco, frío pero impecable piso de la cocina.

- ¡¡¡por todo!!! – exclamó visiblemente avergonzado – por lo que he hecho hoy, ayer y cada día de estos últimos años.

Esa mujer no entendía que estaba pasando, él la miraba y trataba de adivinar en qué estaría pensando, pero era un enigma para ese hombre.

- No se por que lo he hecho, pero ya no quiero volver a hacerlo, yo te amo y sé que tu a mi ¿verdad? Tu me amas.

Él se daba cuenta de que ella no sabía que decir, la vio tomar valor y la escucho decir:

- Sí, sí te amo.

Se dio cuenta de que su respuesta fue forzada por el temor que le tenía. La voz en su cabeza no paraba de hablarle, pero él no había más que ignorarla.

- Entonces me perdonas ¿verdad? – preguntó y logró dejar de llorar, tomó las manos de aquella atónita y temerosa mujer y las envolvió con las suyas – dime que me perdonas, te prometo que jamás volveré a hacerte daño.

- Jajaja, tu si que sabes mentir – se burlaba esa estúpida voz – podrás engañarla a ella, pero sabes que a mi no me engañas – afirmó con certeza.

Ese hombre hacía su mayor esfuerzo para ignorarla, esa condenada no lo iba a gobernar.

Mientras, espera alguna respuesta de su esposa.

- Dime algo ipor favor! – y la desesperación se adueñó de él.

- Si cariño – la escucho decir con resignación, pero decidió ignorar el tono de tristeza y sufrimiento que era evidente en su voz.

- ¿De verdad? – pregunto con aparente sorpresa.

- Si, te perdono – dijo ella aún más resignada a vivir en esta incertidumbre el resto de su vida.

Le dio un beso en los labios y la abrazó por varios minutos.

- Lo ves, ella me ama – le decía con soberbia a la voz.

- Eso es lo que tú quieres creer, ella no te ama ite teme! – aseguró- el numerito que has montado hoy te va a servir unos días, pero tu y yo sabemos que tarde o temprano vas a volver a hacerle daño, porque eso es lo que eres – aseveró con tranquilidad ese maldito demonio en su interior.

Soltó a su esposa y se dirigió al comedor para por fin cenar.

Mientras ella servía la comida en sus plato él no dejaba de mirarla y pensar en lo que la maldita voz de su mente le había dicho minutos atrás.

- ¿A quién engaño? – se cuestionó en silencio – esa maldita tiene razón, yo soy una mierda y tarde o temprano voy a volver a lastimarla. ¡Como te odio! Desde que te metiste en mi cabeza no has hecho más que arruinarme la vida – afirmo para si mismo mientras comía en silencio y deseaba que esa voz estuviera equivocada, aunque sabia que no era así.